

Del derecho a una biología menor

Elena Sánchez Velandia

Artista y filósofa, elesanchezvelandia@gmail.com

Minoría y mayoría no sólo se oponen de forma cuantitativa. Mayoría implica una constante, de expresión o de contenido, como un patrón de medida con relación al cual se evalúa. (...) La mayoría supone un estado de poder y de dominación, y no a la inversa. Supone el patrón de medida y no a la inversa.

G. Deleuze y F. Guattari

Yo soy una mentira

La TERF¹ (ella misma se declaró así) me dice que no soy mujer pues no nací con el “aparato” completo. Ella, dice, es mujer, yo intersex y eso es otra cosa. Le digo que “mujer” se refiere al género, “intersex” a la anatomía, así que hablamos de planos diferentes. Me dice que no, que mujer se refiere precisamente a la anatomía (nacer con el “aparato” completo, repite). Le digo que cuando naces nadie mira si tienes útero, ovarios o si tus cromosomas sexuales son XX. De hecho, prosigo, hay personas que son asignadas como mujeres al nacer pues presentan una vulva, pero no tienen útero, tienen testículos alojados en el abdomen y cromosomas sexuales XY.

–Por eso, no son mujeres, replica; son ¿Qué? ¿Intersex como tú? ¿Tú eres así?

–Son mujeres y son intersex... Sin embargo, a lo que iba es a que el sexo no se decide mirando si el “aparato” está completo (mientras digo esto ella insiste en saber si así soy yo).

–En algún momento se verá que no son mujeres (sus palabras me chirrían en la base del cráneo).

–En algún momento puede que se vea que sus cromosomas sexuales son XY o que

no tienen útero. Pero eso es algo posible solo ahora. Durante la mayor parte de los trescientos mil años de vida de los seres humanos estas personas fueron en general consideradas mujeres. O sea que el término “mujer” ha indicado durante mucho tiempo a personas que no tenían el “aparato completo”. Ahora, en cambio, un médico podría referirse a estas personas como “varones con feminización testicular”.

–El problema son los médicos, entonces ¿Por qué no hablan de personas intersex y ya? No de varones, ni hembras, ni mujeres, ni hombres (otro chirrido).

–Sin embargo (decido continuar como si ella no hubiera dicho nada), cuando un bebé nace con unos genitales que la medicina no logra clasificar no importan ni los cromosomas, ni las gónadas. Lo que importa es hasta qué punto una cirugía puede garantizar un pene que penetre; de otro modo se hará una vagina. En síntesis, no es claro qué se indica con la palabra “sexo”, no sabemos a qué se refiere, no hay un acuerdo.

De repente, un amigo de la TERF interviene para indicar que no es cuestión de referente sino de uso “como diría Wittgenstein” y nos perdemos en una alcoholizada digresión.

A veces la TERF y yo nos miramos. A veces interviene y ríe. Y me sonrío. Hasta



La fotografía de gabinete travesti, 1890-1939, Archivos Fundación Arkhé

me parece simpática. Le coqueteo y noto su turbación. Entonces le coqueteo más. A pesar de todo continúa intentando discutir conmigo. Sonríe todavía.

No recuerdo bien cómo llegamos a hablar del acoso callejero. Coincidimos en que nos pueden acosar igual. Parece que por fin va a abandonar su trinchera del “aparato completo”, su tacaño concepto de mujer. Pero lanza un “y nos pueden violar y matar, pero a ti te matarían porque estás engañando y a mí porque soy mujer”.

Una acción poética

En 1988, la atleta española María José Martínez Patiño, fue declarada varón y se le prohibió competir con el equipo olímpico femenino español. Aunque había nacido con genitales típicamente femeninos y siempre fue considerada mujer, sus células presentaban un cromosoma “Y”, tradicionalmente asociado a la masculinidad. Martínez es una persona intersex con una condición que hace que sus células no reconozcan la testosterona producida en los testículos alojados al interior de su cuerpo. Debido a ello siempre exhibió los rasgos de un cuerpo que se suele considerar femenino.

Las personas intersex nacemos con características sexuales (fisiológicas) internas o externas que desafían las ideas que tenemos sobre cómo deberían ser los cuerpos femeninos o masculinos. En el caso de Martínez, su aspecto y sus genitales

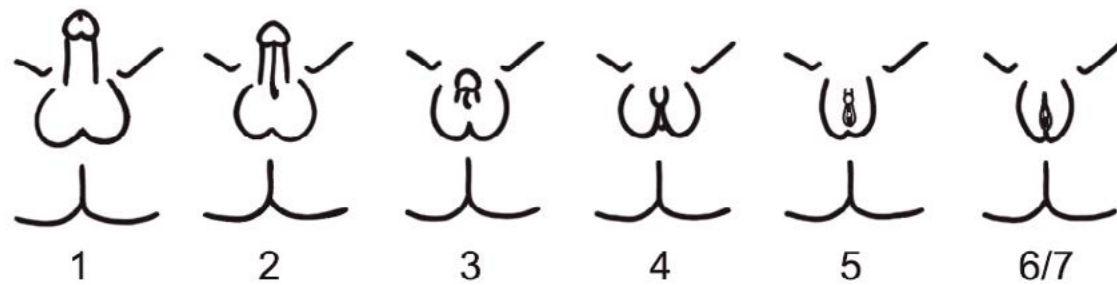
no coinciden con lo esperado para una persona con cromosomas XY y testículos.

Según las Naciones Unidas el 1,7% de la población en el mundo es intersex. Pero en Colombia, el Ministerio de Salud registra un porcentaje más de 100 veces menor. Esto hace pensar que en nuestro país muchas personas intersex ni siquiera saben que lo son. Quizás, se les haya dicho que nacieron con un “defecto” congénito que fue necesario “corregir” quirúrgicamente dejando en muchos casos importantes secuelas y traumas.

En cierto sentido, ser intersex implica que te hayan ocultado tu propia historia y que hayas tenido que reconstruirla con dificultad toda tu vida. Por ello ideé esta acción poética: después de muchos años me propuse fijar mi historia por escrito (“La historia de H”), aun sabiendo que estaría a medio camino entre la ficción y mis recuerdos. Cuando por fin lo logré, decidí que cortaría el texto en pequeños fragmentos numerados de acuerdo con la secuencia dada por la narración misma.

Le pediría a cada uno de los asistentes a la acción que escogiese un número y que me dijera en qué parte del cuerpo pegarle el fragmento correspondiente. Los fragmentos se irían, entonces, intercalando deshaciendo la secuencia narrativa. Como habría otras obras en la sala, los espectadores permanecerían en ella tiempos diferentes. Algunos, incluso, partirían antes de que los otros intentasen reconstruir el texto. De este modo mi narración quedaría llena de vacíos como sucede con mi propia historia.

La historia de H



“Quigley scale for androgen insensitivity syndrome” por Jonathan.Marcus, licencia bajo CC BY-SA 3.0, <https://acortar.link/vz1s2L>

Muda la H, pero ahí está

Cuando H nació sus genitales se veían más o menos como un 3 en la escala de Quigley.

Sin embargo, los médicos no hablaron de intersexualidad ni a su padre ni a su madre. En cambio, insistieron en operarla para corregir su “malformación”. Nadie dudó de que el sexo de H fuese masculino. Caso cerrado.

Pero no para H.

H tiene 4 años y vive con Madre en la casa de Abuela y Abuelo.

Tía está fuera del país, así que duerme en su alcoba. En el armario están sus cosas todavía.

En general, después del almuerzo, Abuela manda a H a dormir un rato. Pero a veces no tiene ganas de dormir: se construye un clon, lo mete bajo las cobijas y se pone a jugar.

Una de esas veces contempla las cosas de Tía: ¿Cómo usa ella estas cosas? ¿En qué orden se ponen? ¿Cómo logra que funcionen? ¿Por qué yo nunca uso cosas así?

Hay un misterio en esas cosas consideradas femeninas, como si se mantuviesen ocultas para H.

Mientras intenta develar el misterio explorándolo con su cuerpo, Abuelo entra en la habitación.

Rictus.

La interroga con una mirada que se posa pesada sobre las cosas que la cubren torpemente. H se explica: *no estoy dañando nada solo quiero saber cómo se usa*. Secamente, Abuelo ordena que *todo*

vuelva a su lugar y se va, dejando en el aire el abismo de sus ojos. Al volver no parece enojado sino preocupado: *si no lo haces más no le diré nada a Madre*. H siente como si intentara protegerla de algo y, aunque inconsciente del orden que ha defraudado, le hace la promesa que reclama. No quiere perder su amor.

Pero el amor no debería ser un chantaje.

H tiene 9, 10, 11 años, ya no vive con Abuelo y Abuela, pero continúa escondiendo su “juego”: la mirada de Abuelo la atormenta todavía, no quiere ver ese abismo en los ojos de nadie. Y sin embargo, siente que *tod@s* están equivocad@s: ¿Por qué me llaman por un nombre masculino? ¿Por qué piensan que me convertiré en un hombre? ¿Es que no ven mi cuerpo?

Si alguien le respondiese: ¿Es que no ves que tienes un pene? H no entendería; de hecho, su yo futuro objetaría: ¿Acaso no ven que es un exoclitóris? Pero H todavía no recuerda que, al nacer, su pene no había engullido por completo a su vagina.

H continúa escondiendo su “juego” aunque su cuerpo la delate y deje huellas que su madre sabe leer.

Madre: ¿Y si llevamos a H a un psicólogo?

Padre: No te preocupes, es fetichismo, se le pasará.

De nuevo caso cerrado.

H tiene 13 o 14 años. Desde los 6 estudia en un colegio católico masculino (¿por qué si tiene un exoclitóris?). Hace tiempo que sus compañeros sienten que ella no es como ellos. La maltratan, se

burlan de ella, les irrita su diferencia (en contraste con Padre y Madre, ellos sí parecen ver su cuerpo: *Usted es una niña con pipí*, le dice uno de ellos). Pero ahora sucede algo nuevo, el cuerpo de H no se “masculiniza” como el de sus compañeros, tiene poco vello en su piel, sus hombros no se ensanchan, su rostro es aún infantil, su masa muscular, aunque parece dibujarse con el ejercicio, no aumenta. Sus compañeros oscilan ante ella, intentan tocarla, le hacen insinuaciones sexuales, su cuerpo los atrae, pero (o precisamente por eso) la siguen tratando con desprecio.

H sabe cómo vengarse: el fútbol. En un colegio masculino hay solo dos opciones en los recreos: jugar fútbol o ser un paria. H ya hace parte de los parias, pero juega fútbol; solo que no sigue las reglas, pues las reglas del fútbol, en su colegio, no son las del juego sino las de un dispositivo de exhibición de la virilidad. H se divierte saboteando el juego, juega “bien” y luego “mal”, desestabiliza a sus compañeros empujándolos con su cuerpo esbelto y haciéndolos caer. Se ven muy viriles acusándola de jugar sucio.

¿Por qué siguen incluyéndome en su juego?

Quizás intuyen, H, que si a tu cuerpo se le concediese un juego propio pondría en entredicho la exhibición que tanto atesoran.

El padre de H también la maltrata, sus palabras enjuician constantemente la corporalidad de su hija: ¿Por qué tienes el labio superior tan grueso? ¿Por qué caminas de ese modo? Separa las piernas un poco cuando caminas y haz como si fueras a enterrarlas en el piso cada vez que das un paso. ¿Por qué tienes la voz tan aguda? Habla más grave ¡Así! No tienes nada de espalda ¡Infla los pulmones! Eso, pero acerca más la cabeza al torso, tienes el cuello muy fino...

Este incesante disciplinamiento no implica que Padre logre ver el cuerpo de su hija: en realidad solo está proyectando el suyo sobre el de H (Padre nació prematuro y fue muy frágil hasta que, al final de su adolescencia, se obsesionó por masculinizar su cuerpo).

Pero H todavía no recuerda, que al nacer, su pene no había sofocado por completo a su vagina. Es más, la sensación en la que ese recuerdo extraviado se ha refugiado la infesta como oleadas de bocas abriéndose para excarcelar palabras irreconocibles. ¡No

estoy loca, tienen razón, soy un hombre, soy lo que quieran, déjenme ver el cielo azul!

Así que acepta el disciplinamiento de Padre. Y descubre que es un caparazón que la protege del apetito sexual de sus compañeros y que Padre y Madre ahora le conceden su amor (¿A quién? ¿A H o al caparazón?).

El caparazón se transforma, entonces, en una especie de segunda naturaleza que la convence aún más de la presunta identidad masculina de su cuerpo. H acaba olvidando que ese nuevo cuerpo, que abriga con firmeza a su cuerpo censurado, es el resultado de una construcción (¿pero no estamos todos un poco en la misma situación?).

H tiene 16 años y Madre insiste en juzgar su “flacura”. En realidad, la estructura ósea de H no se ajusta al patrón de masculinidad que Madre aprobaría. El médico declara que su índice de masa corporal es bajo pero normal. Aún así, le recetan un “complemento nutricional”. En pocos meses H crece 5 centímetros y gana 6 kilos, principalmente en masa muscular. Caparazón en el caparazón.

H tiene 30 años y está lejos de su país. La distancia fue disgregando sus caparazones y sus células se pusieron a bailar. H no podía creer que su voz no fuera necesariamente grave, sino que se había acostumbrado a hablar con su registro más bajo o que su caja torácica no fuera ancha sino que se había acostumbrado a mantener los pulmones inflados a su máxima capacidad (lo que daba un aspecto mucho más ancho a su torso y a su espalda). No podía creer que liberar el aire de su tórax pudiese liberar la tensión de su cuello que resultaba fino de repente. Su cuerpo no estaba atado a leyes ineluctables como le hicieron creer.

Sin embargo, sus documentos sí parecen estarlo:

Enfermera: Buenos días, señora.

H: Buenos días, vengo para unos exámenes.

Enfermera: ¿Tiene su tarjeta del sistema de salud, señora?

H: Sí, aquí está.

La enfermera introduce la tarjeta en el lector de su computador y al ver la pantalla parece confundida,

observa de nuevo la orden del médico y se decide a esputar su frase:

Puede sentarse, ya lo llamamos, señor.

H, de repente desnuda, se esconde detrás de una revista en la sala de espera.

Otra variante de esta escena es la siguiente:

Secretaria: *Buenos días, señora.*

H: *Buenos días, tenía cita con el doctor O.*

Secretaria: *¿Tiene la tarjeta del sistema de salud, señora?*

H: *Sí, aquí está.*

La secretaria introduce la tarjeta en el lector de su computador y al ver la pantalla parece confundida, observa de nuevo la orden del médico y se decide a titubear su frase:

Pero esta es la tarjeta de su marido, ¿no tiene la suya?

H no sabe cómo explicarle que la naturaleza no es binaria.

No cuesta imaginar la felicidad de H al lograr cambiar sus documentos.

H está en Brasil y por culpa del ruido no ha superado su enorme *jet lag*. Quizás sea el sueño o el cambio de comida, pero tiene la impresión de que su rostro parece un poco más duro que de costumbre. La hinchazón de sus párpados encoge sus ojos, la grasa parece haber abandonado sus pómulos haciendo resaltar su mandíbula angulosa. A pesar de que su propia experiencia le ha enseñado que no existe el canon de la mujer (ni del hombre), la violencia identitaria sufrida le ha dejado el reflejo de sentirse masculina en esas ocasiones y querer esconderse. Sin embargo, lucha contra este reflejo sabiendo que nunca nadie la ha interpelado o molestado en la calle por su androginia, agranda sus ojos con un poco de maquillaje y sale a alimentarse del sol *paulistano*. Sus dificultades para dormir se prolongan durante meses y comienza a sentir que las miradas hostiles la acosan en la calle. *Soy paranoica, esto ya me pasó en Amiens y la verdad es que sus habitantes miran así a cualquier desconocido.*

Hasta que un día una mujer la empuja con violencia y le grita: *¡Fuera travesti!* Una tarde, en una calle vacía, un cuerpo tambaleante se dirige hacia ella. H se acerca al borde del andén para evitarlo, pero el cuerpo la embiste con una decisión inesperada que contrasta con el tambaleo anterior. H lo repele inclinándose para transmitir toda su corporalidad a su brazo. El ebrio recobra su tambaleo sin responder al empujón, pero dejando una mirada amenazante de despedida.

H1: *Quizás, en medio de la borrachera, le recordé a alguien que le hizo daño.*

H2: *No H, acuérdate del incidente de la aplicación...*

H1: *¡Agh! Es verdad.*

Antes de irse de Francia, l_s amig_s de H la convencieron de que tenía que descargar una aplicación para encontrar personas en São Paulo: *¡C'est indispensable H! Pon esta foto que estás muy belle y esta y esta...*

Una vez en São Paulo la aplicación pareció ser eficaz, una *match*, dos, cinco... Sin embargo, muchas de sus *matches* no respondían o el intercambio no pasaba de algunas frases. Decidió que la próxima vez iba a indagar. Su *match* respondió: *mira bien mi perfil*. Además de sus fotos y de su profesión la única información era: *No hombres. No parejas*. Aunque intuyó la respuesta, H prefirió concluir que no entendía.

Días después de las agresiones recibidas, H sale finalmente con una de sus *matches*. Cuando le habla de su condición, su *match* le dice que ya había visto algo en las fotos de su perfil: *eso es una anomalía, ¿no?*

No volvieron a verse.

H nunca antes había sentido miedo de salir a la calle debido a su singularidad. *¿Quizás es mi altura lo que llama la atención en Brasil? Pero mi altura no se ve en las fotos, no fue por eso que esa chica las leyó como las imágenes de un "hombre" ¿Entonces es mi maxilar inferior? ¿O mis caderas un poco estrechas (como las de todas las mujeres de mi familia)? ¿Son mis manos largas? ¿La punta de mi nariz ligeramente ancha? ¿Los ojos pequeños como los de mi tía? ¿O simplemente la sociedad brasileña es menos abierta que la francesa?*



Sin embargo, H conoció en Francia mujeres trans que fueron atacadas o amenazadas en lugares en los que H nunca tuvo ningún problema ni sufrió ninguna discriminación. Parecería entonces que lo que sucede es que el “corte” entre lo que es considerado un cuerpo femenino y lo que es considerado un cuerpo masculino difiere entre Francia y São Paulo. Mientras que en Francia H era percibida como una mujer sin más, en São Paulo su androginia incomoda: rasgos corporales percibidos como no femeninos, en un cuerpo que se presenta como tal, son leídos como una especie de “mal comportamiento” y castigados con violencia o repulsión. Se podría decir que H está siendo víctima de transfobia, pero esta transfobia es también una negación de la intersexualidad, es la imposibilidad de considerar su androginia como un fenómeno con su propia consistencia ontológica y no como una masculinidad disfrazada o atenuada por algún “artificio”². En este sentido, quizás, el mismo término “intersexualidad” sea equivocado pues el prefijo “inter” hace depender dicha condición de dos polos que la precederían y que serían bien definibles.

H se pregunta si solo ella es víctima de esta androginofobia. No, no lo es. Incluso mujeres cis la sufren. En diferentes foros de internet, en español y en portugués, H encuentra varios testimonios de mujeres cis: *Cuando voy por la calle la gente me señala; dicen: “mira, ese es un travesti” y a veces hasta escupen cuando pasan a mi lado. No entiendo por qué me sucede esto, ayúdenme, estoy desesperada.* H no encuentra testimonios en italiano o francés. Encuentra un testimonio en inglés en el que una mujer cis que se autodescribe como *multi-étnica* recibe frecuentemente *insultos* de hombres cis *caucasians* (“blancos”) y algunas veces de mujeres cis *caucasians* porque es confundida con una mujer trans (cabe aclarar que no siempre es fácil discernir en estos testimonios hasta qué punto estas mujeres comparten o no la transfobia/homofobia de la que son víctimas, como cuando alguna expresa que no se maquilla

demasiado para no parecer a *drag queen*; no siempre es claro hasta qué punto lo que les molesta es ser “confundidas” con un mujer trans o el desprecio/violencia que pueden estar asociados a esta “confusión”). H también encuentra un artículo³ sobre un estudio que muestra que en Estados Unidos las personas asiáticas son consideradas más “femeninas” en relación con las de origen europeo, mientras que las afroamericanas son percibidas como “más masculinas”. Todo esto muestra que no hay una especie de verdad biológica subyacente al binarismo sexual, sino que el sexo mismo —y no solo el género— entendido como realidad biológica, es también un constructo cultural que varía según las sociedades. Y aunque muchos expertos consideran que la división en dos sexos es obsoleta (según algunos existirían hasta 48 sexos⁴) y que el referente de lo que llamamos “sexo” no es tan claro (hay un sexo gonádico, un sexo genital, un sexo endocriniano, un sexo cromosómico, un sexo morfológico... que no siempre se corresponden del modo esperado; ¿A cuál de estos sexos nos referimos cuando decimos que alguien es de sexo masculino o femenino?) la biología⁵ hegemónica afirma que en la *naturaleza* solo hay dos sexos claramente distinguibles (se nace con vulva o con pene) y que por lo tanto la distinción entre sexo y género es ideológica (“alguien que tiene un pene es un hombre; puede querer imponernos que lo tratemos como mujer pero está claro que objetivamente no lo es, luego no tenemos por qué aceptar su capricho, que se vista como quiera, que se corte lo que se le dé la gana pero no podemos aceptar que nos imponga su locura. ¿Entonces si alguien afirma ser un oso o tener 1,80m cuando mide solo 1,50m tenemos que aceptarlo porque es su sentir?” obviamente este argumento se desbarata cuando se entiende que no existe un referente objetivo claro para lo que llamamos sexo).

H sueña con un coro de miles de andróginos gritando: *¡Déjennos en paz; tenemos derecho a nuestra biología menor!*

Para H esta androginofobia contrasta con la inclusión que recientemente viven personas trans en películas, series, revistas y pasarelas, y con el posicionamiento que ha adquirido la androginia en la moda desde hace ya bastantes años. Paradójicamente, aunque en Brasil ya se habían mediado mujeres trans como Roberta Close en la década de 1980, es el país del mundo donde más personas trans son asesinadas cada año⁶. H cree que la moda no ha contribuido verdaderamente a visibilizar la androginia, sino más bien a producir una imagen cómoda y poco perturbadora de esta. H googlea *modelos andróginas*: aparece incluso una mujer trans (Andreja Pejic), pero ni siquiera ella parece alejarse verdaderamente del canon contemporáneo occidental de feminidad. La “androginia”, que presuntamente invade las pasarelas y revistas de moda de nuestro mundo globalizado, resulta bastante edulcorada: se ha llegado incluso a leer la delgadez, que reduciría las “curvas”, como sinónimo de androginia (como si la feminidad que algunos reclaman de estas mujeres se redujese para ellas a la cantidad y distribución de la grasa acumulada por un cuerpo humano). Declarando estas mujeres como andróginas, la moda construye ciertos rasgos presentes en algunas mujeres cis como masculinos y hace de la androginia una excepción que confirmaría una presunta regla. Se trata en el fondo de una lógica similar a la que la medicina aplica a la intersexualidad misma, describiéndola como una excepción, como una desviación del patrón esperado y no como una posibilidad más al interior de un espectro cuyos polos no son sino idealizaciones. Abstracciones a través de las cuales el intelecto intenta aprehender dicho espectro, pero que no coinciden con ningún cuerpo real. En cuanto a la inclusión de las personas trans en los medios, H prefiere ser precavida. Si la sociedad de control (que es precisamente nuestra sociedad globalizada de la información) es una sociedad post-disciplinaria como lo postula Gilles Deleuze, sería lógico pensar que el género (que es precisamente un dispositivo que disciplina los cuerpos de acuerdo con sus genitales) se flexibilice adquiriendo un carácter post-disciplinario, sin por ello liberar necesariamente ninguna singularidad.

Así asistiríamos a la “normalización” (la autorización a ser figuras públicas), a través de los medios, de ciertas figuras trans poco disruptivas, sin asistir a la de-normalización de los “normales”.

H piensa en su insensibilidad a los andrógenos. Significa que, aunque su cariotipo sea XY sus tejidos son menos sensibles a las llamadas hormonas “masculinas”⁷ que la mayoría de los cuerpos humanos. Su caso es el de una insensibilidad parcial, pero existe el de la insensibilidad total (“grado” 6/7 de la escala de Quigley). En este caso, la persona es asignada como mujer al nacer dado que presenta una vulva y su intersexualidad es en general desconocida hasta la adolescencia cuando, al no menstruar, se descubre que no tiene útero (o que tiene uno incipiente) ni ovarios sino testículos alojados en el abdomen. Para H la insensibilidad total a los andrógenos implica una gran paradoja: en general si se le administra testosterona a cualquier persona asignada mujer al nacer, esta se “masculinizará”. Esto, sin embargo, no sucede con una persona completamente insensible a los andrógenos. El cuerpo de estas personas no responde a los andrógenos, luego no puede “masculinizarse”. Paradójicamente, entonces, solo ciertas personas clasificadas como intersexuales por la medicina serían “puramente” femeninas. Y paradójicamente estas personas poseen un cariotipo que es clasificado como masculino. El resto de las personas con un cariotipo XY pueden feminizarse tomando estrógenos, así como las personas con un cariotipo XX pueden masculinizarse tomando testosterona. La situación más común, por lo tanto, es la de no ser ni puramente “femeninos” ni puramente “masculinos”, la de situarse en una “masculinidad” o “feminidad” relativas que están siempre en la posibilidad de transformarse en su presunto opuesto. Esta posibilidad “natural” (inscrita profundamente en todas las células del ser humano, en sus genes) es reprimida por la cultura y su política de género. ■

⁶ Ver « Observatorio de Personas Trans Asesinadas » https://transrespect.org/en/map/trans-murder-monitoring/?submap=tm_2015#

⁷ Testosterona, androsterona, androstenediona...

² La experiencia de H nos muestra que las personas trans no son más “artificiales” que las personas cis, o las personas intersex, la artificialidad atraviesa toda la construcción del género no solo entendido como performance teatral -como la “representación” de un rol naturalizado- sino también como performance que construye la corporalidad misma (incluso, las personas cis usan también hormonas y cirugías, pero no con el objetivo de romper con la asignación de género que recibieron al nacer).

³ Adam D. Galinsky, Erika V. Hall y Amy J. C. Cuddy, “Gendered Races: Implications for Interracial Marriage, Leadership Selection, and Athletic Participation”, *Psychological Science* 24, n° 4 (2013): 498-506. https://www.researchgate.net/publication/235895399_Gendered_Races.

⁴ Agnès Giard, “Il n’existe pas 2 sexes (mâle et femelle) mais 48”, *Libération*, 19 de junio 2013 (actualizado el 21 de enero de 2015), <http://sexes.blogs.liberation.fr/2013/06/19/il-nexiste-pas-2-sexes-male-et-femelle-mais-48/>

⁵ En cuanto discurso, logos.

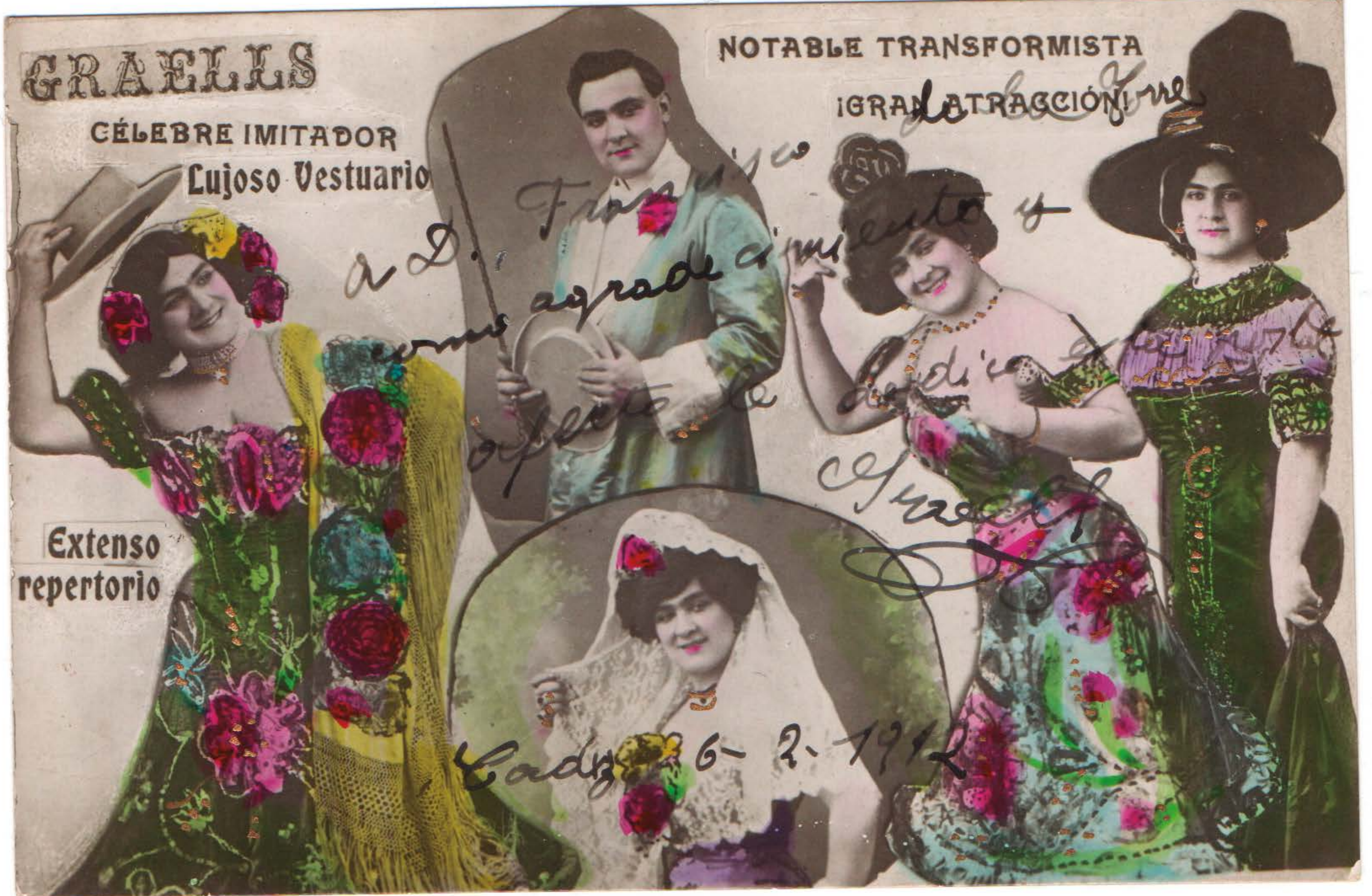
GRAVELLS

CÉLEBRE IMITADOR
Lujoso Vestuario

NOTABLE TRANSFORMISTA

IGRANDA TRACCIÓN

Extenso
repertorio



Francisco
a D. agrade a mi gusto y
apenas le

Ladys
ceja

Ladys 6-2-1912